LAS CRÓNICAS DEL VIAJANTE

LA HABITACIÓN IMPOSIBLE

CARLOS VILA SEXTO

edebé

LAS CRÓNICAS DEL VIAJANTE

LA HABITACIÓN IMPOSIBLE

CARLOS VILA SEXTO

edebé

LAS CRÓNICAS DEL VIAJANTE

LIBRO 2

edebé

Las crónicas del viajante (libro II). La habitación imposible
© Carlos Vila Sexto, 2019.
Publicada de acuerdo con Meucci Agency, Milán.

© Ed. Cast.: EDEBÉ, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura: Elena Valencia

Primera edición, marzo de 2019

ISBN: 978-84-683-4111-8
Depósito legal: B-5524-2019
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Dani,
que día tras día me enseña que no hay nada imposible.

PRÓLOGO

1974

I

Pocos meses más tarde, segundos antes de morir, María habría de recordar el fuego que crepitaba en la chimenea de la cafetería del Edificio Central. Recordaría el calor de las llamas y el olor de la madera ardiendo. Pero sobre todo recordaría la sensación de calma, de que nada podía ir mal. Daba igual que María nunca hubiera tenido una chimenea en ninguno de los lugares en los que había vivido: una hoguera encendida siempre le transmitía la sensación de estar de vuelta en casa.

—En verano, ¿verdad? Junio o así, ¿no? ¿María?

Ella se volvió hacia su marido sin verlo. Tardó un par de segundos en apreciar los ojos que le miraban a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—María…

—¿Sí? Perdonad.

—Estaba diciendo que nos iríamos a principios de verano.

Asintió con la cabeza. Aunque centrada en la conversación, no podía dejar de mirar de reojo la chimenea, junto a la que un grupo de estudiantes tomaba un café, entre risas. Sin

comprender por qué tenía de pronto tanta sed, se llevó la botella de refresco de naranja a los labios y la vació hasta la mitad. Guillermo continuó hablando.

—Mi contrato en la librería acaba a finales de mayo, y María no puede dejar la facultad hasta que los alumnos no entreguen sus trabajos.

—Lo hacen a mediados —apuntó ella. Era consciente de que apenas había participado en la conversación y no quería que la mujer pensara que solo estaba en aquel proyecto por seguir a su marido—. Después aún nos lleva cerca de un mes corregirlos. Eso si el profesor Cuevas no se toma una baja como el curso pasado. Siempre le viene el estrés justo antes de las vacaciones.

Guillermo dio un trago a su café y se inclinó sobre la mesa, apoyando en ella los codos.

—La idea es pasar en la casa dos semanas. Un mes a lo sumo. Ya hemos hablado con el propietario y ha accedido a todo. Espero que no se eche atrás de aquí a junio, pero parece bastante entusiasmado con la idea. Hablaba incluso de acompañarnos.

María vio que la pierna derecha de su marido rebotaba ligeramente en el suelo de manera compulsiva. ¿Cuánto tiempo llevaba haciéndolo? Dejó su mano sobre ella de manera natural, intentando transmitirle tranquilidad. Si querían convencer a aquella mujer, no podían parecer desesperados, aunque lo estuvieran de verdad.

—Su presencia allí sería…, bueno…, sería tan… —Guillermo tomó aire y lo soltó—. Ayudaría mucho a nuestra investigación.

El matrimonio clavó los ojos en la mujer, que en ese momento tenía la vista fija en el amplio ventanal que daba al patio interior del Edificio Central. Una espesa capa de nieve cubría la piedra del suelo y disimulaba la silueta del pozo que se levantaba en el medio. Apenas si había hablado en todo el tiempo que llevaban sentados a la mesa. Se había limitado a asentir tras cada frase de la pareja, sin tan siquiera dar un sorbo a su café.

Habían pasado casi cuatro horas conduciendo por unas carreteras asfaltadas con placas de hielo y castigadas por una insistente ventisca solo para hablar con ella, emocionados ante la idea de que hubiera accedido a verlos. A los dos les había sorprendido la noticia de que la mujer de quien tanto habían oído hablar hubiera decidido cambiar de vida y empezar la carrera de Periodismo con casi cuarenta años.

A María le había puesto nerviosa nada más verla. No tanto por las historias que se decían acerca de ella como por aquella mirada ausente, que desprendía un desinterés absoluto por todo a su alrededor, como si no se encontrase allí en realidad. Sin embargo, en algún momento de la charla, María la había sorprendido mirándola fijamente, con la curiosidad propia del científico que mezcla dos elementos químicos y espera ansioso la reacción posterior.

—¿Sabe usted si vive alguien allí? ¿El dueño, un guardés…, alguien? —La mujer hizo la pregunta sin apartar la vista del pozo. Guillermo y María cruzaron una rápida mirada, sorprendidos por su intervención.

—No, nadie. Lleva abandonada casi doscientos años.

Guillermo se inclinó sobre el maletín de cuero que descan-

saba junto a los pies de su asiento y del interior sacó varias fotografías en blanco y negro que deslizó sobre la mesa.

—Hasta mediados de siglo, los únicos habitantes de la zona eran los lobos, pero al parecer los cazadores acabaron con ellos a base de trampas y cepos. Es una pena: el lobo es mi animal favorito. Contaba con ver allí alguno de cerca.

María reparó en que la mujer no parecía estar escuchándole, su vista fija en las fotos del exterior de la mansión. Sus manos se desplazaron sobre ellas con delicadeza, pasando de una a otra. Su cabeza se inclinó levemente y entornó la mirada. Todas las fotos habían sido tomadas a mucha distancia del edificio, y solo en una el fotógrafo se había acercado lo suficiente para encuadrar la fachada principal. Fue al llegar a esta cuando María vio que los dedos de la mujer se recogían en un puño, como si deseara evitar todo contacto con el papel de las fotografías.

Después, echó mano de su taza de café por primera vez. Se la llevó a los labios, pero se detuvo antes de llegar siquiera a rozarla. Se quedó mirando el interior de la taza un par de segundos.

—Por supuesto, no haría falta que usted estuviera en la casa el mismo tiempo que nosotros. —Guillermo también había percibido las reticencias de la mujer y había decidido rebajar sus pretensiones, algo que a María le pareció acertado—. Unos días, tal vez una semana. Con eso sería suficiente, siempre y cuando usted…

—No puedo acompañarlos.

La mujer apartó las fotografías con las yemas de los dedos, sin dedicarles ni medio segundo más. Guillermo parecía desa-

nimado, pero la reacción de María fue muy diferente. No fue la negativa a ayudarlos, sino la convicción con la que había pronunciado aquellas palabras lo que hizo que sintiera un escalofrío recorriendo su espalda.

—¿Por qué…, por qué no?

La mujer levantó la vista y dedicó una tímida sonrisa a la pareja.

—Estoy trabajando para el *Diario de Navarra*. Ahora a media jornada. En verano será a jornada completa. No puedo ausentarme.

—Podemos pagarle —se apresuró a decir Guillermo—. No mucho, es cierto, pero tenemos…

—Lo siento. De veras.

La mujer hablaba con delicadeza pero con determinación. Sin embargo, Guillermo no estaba por la labor de dejarse convencer. Consciente de que los nervios de su marido iban aumentando, María intervino de nuevo.

—Por favor, hemos hecho un viaje muy largo solo para hablar con usted.

—Entonces siento que hayan perdido el tiempo. Deberían haberme llamado antes por teléfono: les habría ahorrado la molestia.

Su tono era amable pero apremiante, como si quisiera estar en otro lugar y se le estuviera echando el tiempo encima. María y su marido intercambiaron una mirada que no ocultaba la decepción que aquello suponía.

—Pero no tenemos a nadie más a quien acudir. Usted es la mejor.

—Esa vida ya no es la mía.

Esta vez sonó algo más contundente. Guillermo, contrariado, empezó a frotarse las piernas, echando la silla para atrás.

—Voy…, voy un momento al servicio.

Arrastró la silla, tal vez con demasiada determinación, y se puso en pie. María lo siguió con la mirada hasta que desapareció por la puerta que daba al pasillo. Cuando se volvió hacia la mujer, se encontró con que los ojos de esta estaban clavados en ella.

—¿De cuánto estás?

María no fue consciente de si abría la boca o no. Ni siquiera lo fue de que su corazón había dejado de latir durante un par de segundos, acongojado por la sorpresa y la tranquilidad con la que la mujer le había hecho la pregunta.

—¿Cómo…?

La mujer se encogió de hombros y enarcó las cejas, como si lo sorprendente no fuera su pregunta, sino el hecho de que María no contara con que se la haría.

—Tres…, tres meses —se oyó decir.

—Él no lo sabe…

María negó con la cabeza y tragó saliva.

—Va a ser un niño fuerte —dijo la mujer.

—¿Niño? ¿Cómo sabe que…?

—Pero debes alejarlo del peligro. No os acerquéis por nada del mundo a esa casa.

El cambio de tema tan repentino sorprendió a María. Tragó saliva, acongojada no solo por las palabras, sino por la profundidad de la mirada de la mujer, que la observaba con desesperación.

—Por favor —insistió, intentando suavizar su advertencia—. Tu marido no me escuchará, pero tú, sí. Hacedlo por vuestro hijo. Manteneos lejos de ella.

María bajó la mirada y comprobó que la mujer había tomado su mano entre las suyas. Y aunque intentaba quitarla de allí, su mano no hacía caso de la orden de su cerebro. Se había quedado paralizada. La puerta de la cafetería se abrió de nuevo y Guillermo llegó hasta la mesa, serio, todavía sin digerir la negativa. Había tardado tan poco que María supo que no había ido al baño tal y como había dicho, sino solo a buscar algo de aire fresco y dar tal vez con alguna clave para intentar convencer a la mujer. Al empezar a recoger las fotografías que había sobre la mesa, María comprendió que no había dado con ninguna.

—No la molestamos más.

—¿Se van ya?

—Son varias horas de vuelta a Santander. Me gustaría llegar antes de la noche.

—Siento no haber podido ser de ayuda.

—No se preocupe. Le agradezco que nos haya recibido. Y si cambia de opinión…

Guillermo sacó una tarjeta de su bolsillo y se la dejó en la mesa frente a ella. La mujer se limitó a mirarla, inclinándose un poco hacia atrás contra el respaldo de su silla, como si la tarjeta fuera a saltarle a la yugular en cualquier momento.

María suspiró aliviada al ver que sus piernas sí respondían a la orden de ponerse en pie y tomó su abrigo. Miró por última vez a la mujer y se despidió con un gesto de cabeza que ella contestó. Antes de salir, se dio cuenta de que el café de la mujer seguía intacto. Ni siquiera lo había probado.